



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

## Un libro incómodo

Ricardo Cabrera  
Julio 18, de 2020

Los ojos se me cerraban literalmente, por más esfuerzos que hacía por luchar contra la modorra, era evidente que estaba perdiendo la batalla, un denso sopor se extendía en el interior del autobús de transporte de personal, un viejo pulman de los años setenta, los asientos recubiertos con la tela original apestaban, las huellas del sudor de los trabajadores se traducían en gruesos lamparones amarillentos, los descansabrazos se sentían pegajosos. A pesar de estar acostumbrado a trabajar en condiciones extremas — y ese día era un regalo tabasqueño de solo 42°C — podía soportar sin ningún problema el olor producido por mi propio cuerpo, mi sudor empapando mi ropa no causaba quebranto en mi nariz, pero soportar los humores ajenos, era algo que no había podido dominar del todo. El olor acre, y en ocasiones bastante fuerte de quienes estaban bajo mis órdenes era parte de la rutina diaria. Sin embargo, recostarse en los asientos aun húmedos era otra cosa.

Mi camioneta, estacionada debidamente y a resguardo de los rayos del sol estaba a unos quinientos metros, fuera del alcance de quienes por tercera vez durante el mes de mayo habían bloqueado las instalaciones que daban acceso al complejo Bellota, en el Ejido Once de Febrero, en el municipio de Cunduacán en Tabasco. Los lugareños





regresaban a sus prácticas de presión sobre las empresas que laborábamos para Pemex. La nuestra en particular, había ganado un contrato bastante importante, seguramente nos llevaría más de un año la construcción de que albergaría un Turbogenerador Mars 100, uno de los más grandes de la industria petrolera.

Intentamos, temprano por la mañana, llegar a un acuerdo con los líderes sindicales, tres diferentes, que representaban a un buen número de gente local. Nada querían con nosotros, el problema no era con nuestra empresa. Pedían el pago de afectaciones y esperaban a los gestores de la CIAR-100. Por lo tanto, no quedaba una mejor opción que buscar una sombra y esperar a que nos permitieran el acceso.

Como el autobús había llegado quince minutos antes que yo, pudo ingresar hasta la encrucijada de los poblados de la zona, sin tener conocimiento de que que más adelante formaban la primera barricada para impedir el acceso. Se comunicaron entre ellos, y antes de que pudiera salir del lugar en el cual se había estacionado, lo dejaron atrapado. Por fortuna, en mi caso, deje mi camioneta fuera del retén, era tan curioso, que bastaba una cuerda con un nudo en el centro para delimitar una zona. Una compañía constructora que había trabajado en la misma zona, un mes antes que nosotros, se le hizo fácil, al ver un bloqueo de este tipo, -en el cual no se veía gente que cuidara el acceso-, corta el nudo. Ingresaron con vehículos y personal; en cuanto transitaron por la carretera que lleva a la entrada del complejo, fueron interceptados por un grupo numerosos de gente, intentaron dar marcha atrás, fue inútil, en el camino ya habían colocado sendos trocos que impedían que pudieran regresar. Se dirigieron al residente, se hicieron de palabras y lo bajaron de la camioneta, fue golpeado en forma salvaje, su espalda recibió los planazos de un individuo que cobardemente se escudaba en el anonimato de llevar la cara tapada con un paliacate. No hubo cargos en contra de los agresores.



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

La atmosfera, en ese lugar era en verdad explosiva. Nuestra propia compañía había tenido que aceptar trabajadores provenientes de los tres sindicatos, -malos trabajadores, muchos de ellos- filtraban información, se robaban material y herramientas y no había forma de evitar que eso ocurriera.

Así que, era preferible quedarse fuera de la vista de gente ajena a nuestra empresa, los caminos en esa zona son solitarios, y podría decirse que un verdadero laberinto, ubicaban a quienes tenían puestos administrativos en las empresas y los asaltos no se hacían esperar.

Yo estaba al tanto de todo esto, por lo tanto, aconseje a mi gente que se abstuviera de intercambiar impresiones con la gente del lugar, entre menos tuviéramos contacto con ellos, mucho mejor.

Tenía los ojos cerrados, sin estar durmiendo propiamente, cuando el supervisor de obra eléctrica llegó hasta mi lado y se dirigió a mí.

—Ingeniero, ¿Está despierto?

—Ahora sí, ¿Qué pasó, ya nos van a dejar entrar? —prefería el calor y el ruido de las turbinas a seguir en ese sauna que era el interior del autobús.

—No ingeniero, eso no tiene pa' cuando.

—Lo que pasa es que hay gente viendo pa' dentro de su camioneta, tiene rato que le dan de vueltas —Me enderecé de inmediato para escuchar lo que me decía.

—al principio eran unos cuantos cuanto, pero ahorita ya son un montón, y pus dije, no sea que le hagan algo.

Mi camioneta era en ese tiempo una Xtrail blanca, con quemacocos, y aunque los vidrios estaban cerrados, había dejado la cubierta de vidrio semi abierta para evitar que se sobrecalentara el interior.

Y pus la verdad es que miran como si trajera usted algo de valor. ¿No se le olvidó nada?



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

Hice memoria, pero no me llegaba nada a la mente, no solía transportar cosas de valor. Excepto por mi libro, lo dejé en el asiento trasero, y francamente lo echaba de menos, me hubiera servido para pasar el tiempo o para que actuara como soporífero y me quedara dormido.

¿Sería posible que mi libro fuera el causante? Recordé lo sucedido con los estudiantes en San Miguel Canoa; por la estupidez de un sacerdote y la mezcla con la ignorancia de la gente, habían sido asesinados a unos inocentes.

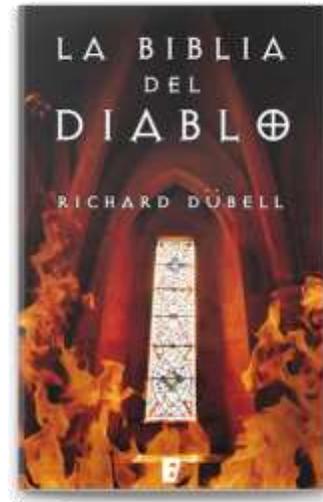
Me paré como un resorte, y me dirigí hasta donde mi vehículo se había quedado, antes de llegar escuché voces al aire —Te digo que sí, que es una biblia negra, el brujo tenía una, chiquita, y el padre se la quitó.

Ya no me quedaba duda, el causante de la agitación en torno a mi camioneta blanca era el libro, torpemente lo había olvidado, no se me ocurrió que me pudiera meter en un aprieto. Acostumbrado a llevar siempre conmigo un libro para leer durante la hora de comida, recién había comenzado uno nuevo.

Apenas lo había comprado un par de días antes, y lo había comenzado a leer la noche anterior. Ciertamente el título resultaba bastante provocador: *La biblia del Diablo*, ni más ni menos, de *Richard Dübelle*.

Moví la cabeza pensando que por una idiotez de ese tamaño podía comprometer mi propia integridad, de sobra sabía cómo pueden ser las cosas en algunos lugares. Y en Tabasco, la gente de comunidades rurales en ocasiones solo necesitaba el justo detonante para que las cosas se salieran de control.

Hacía solo un año me habían secuestrado en Estación Chontalpa en el municipio de Huimanguillo, con un grupo de trabajadores del estado, la cerrazón de los pobladores nos mantuvo confinados en el casino del pueblo junto con el





presidente municipal del lugar. Todo se resolvió en forma favorable por la intervención de gobierno del estado, pero durante el tiempo que nos tuvieron encerrados, no hubo comida, ni agua, y continuamente pasaban sus machetes por las mallas del lugar, el terror psicológico causo mella en algunos de los trabajadores. Así que, si alguien conocía el actuar de los lugareños, era yo. Por lo tanto, era imperdonable un descuido de ese tipo.

Me acerqué a mi camioneta, me dirigí al quien, en ese momento, veía hacia el interior en forma por demás descarada.

—¿Se le perdió algo amigo? Mi voz intentaba demostrar seguridad, el supervisor que me había acompañado los primeros pasos, se había quedado a buena distancia. La valentía y solidaridad de mi gente se demostraba mejor de lejos.

Me miró fijamente y me preguntó: — ¿Es suyo ese libro ingeniero? Se le escuchaba provocador, después de todo, estaba rodeado por una buena cantidad de amigos suyos.

—Si el puerco está en tu chiquero, supongo que es tuyo —dije sin medir consecuencias. afortunadamente esta respuesta me ganó la simpatía de quienes escucharon respondieron con carcajadas, y no falta quien le dijera en tono burlón. —Sigue tu cuento papito.

—Esa no es forma de contestar ingeniero—se notaba un tono medio envalentonado.

—Tampoco es correcto estar metiendo la nariz donde no te llaman —no sé qué mecanismo mantenía a mi lengua moviéndose en dirección opuesta de mi cerebro.

Antes de contestar nuevamente, otro de los curiosos se acercó y me dijo en tono más conciliador.

—No se esponje ingeniero, es que *traí* un libro que, pus la verdad, no debería traer.



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

Abrí la puerta y lo saqué. Se lo mostré al primer mirón y le pregunté — ¿Te refieres a este?, es una novela, el título es fuerte, pero no significa que lo haya escrito el diablo.

—¿Entonces no es nada malo?

Como respuesta, les leí la contraportada, esto pareció aliviar la tensión a medias y por lo menos vi que algunos ya no se mostraban particularmente reacios a las explicaciones.

—Si ingeniero, pero no se traen esas cosas y menos se las pasea uno a la iglesia. —en efecto, no me había dado cuenta que me había estacionado frente al templo Rosa de Sarón. Supongo que lo consideraban una doble provocación.

Alguno de ustedes quiere leer un poco del contenido para asegurarse que solo es una historia, que lo escrito en este libro solo es producto de la imaginación del autor.

—No ingeniero, no es necesario, ahí que quede, me dijo el conciliador.

Me di la media vuelta dispuesto a regresarme con el libro al resguardo del autobús. Pero el tipo al cual mis modos no habían gustado, volvió a la carga.

—Pus que le parece mejor y lo quemamos, pa' evitar malos entendidos.

Me volví sobre mis pasos y quedé cerca de él.

—Estoy de acuerdo, quemamos mi libro, siempre y cuando seas tú quien me lo quite.

—¡Ora pues, toloque! Ya te dijo que se lo quites...

Le sostuve la mirada, ya no había forma de deshacer la bravuconada, me dí cuenta, que el calor de Tabasco hace estragos hasta en los más ecuánimes.

No me contestó, supuse que con eso quedaba zanjado el malentendido.

Miré a quien había salido en mi defensa y le dije.

—Me disculpo, no debí traerlo —señalando el libro

—Te aseguro que pueden estar tranquilos con respecto al contenido del libro.



Ricardo Cabrera  
Sitio Oficial

Después supe que el tipo provocador me andaba buscando para machetearme, decía que yo era un brujo y que le haría mal de ojo a la comunidad. Esto, por supuesto ocurrió al calor de aguardiente en abundancia.

Los líderes sindicales fueron notificados de lo ocurrido y dieron instrucciones de mantenerme vigilado dentro de las instalaciones del campo Bellota.

Uno de estos líderes me esperó a la salida del complejo, muchos días después, se acercó a mi vehículo y me dijo.

—Es usted buena persona ingeniero, pero en estos lugares no es conveniente andarle jalando la cola al tigre. Aquí está seguro, mi gente me responde por usted, pero ya en la carretera, puede suceder cualquier cosa. No me lo tome a mal, pero mejor no provoque a nadie, aquí son muy traicioneros.

—¿Tú también?

—¿Qué paso? ¡Yo soy su amigo!

—¡Eso espero! realmente eso espero. Me tendió la mano, respondí a la cortesía, pero su apretón no fue de manos no fue el que hubiera esperado. Apenas ejerció un poco de presión. Esto me decía —en lenguaje de campo. que podía confiar en él, tanto como en el bravucón. 2